

Stefano BIANCU, *La poesia e le cose. Su Leopardi*, Milano, Mimesis, 2006, 243 pp.

El peso de la historia de la crítica leopardiana agrava inevitablemente el intento de quien quiera aportar una interpretación global del pensamiento de Leopardi. Nos hallamos ante una de esas obras cuya sobreabundancia de significado ha permitido, en diversas fases de recepción, proyectar la marca del tiempo en las distintas interpretaciones, iluminando unos rasgos en detrimento de otros que durante mucho tiempo quedaron oscurecidos. Stefano Biancu demuestra un conocimiento profundo y exhaustivo de las principales tendencias críticas de los últimos años, así como de los problemas fundamentales que han configurado los términos de la discusión. Su libro, cuya estructura responde a una organización analítica, fielmente inspirada en la *forma mentis* leopardiana –una primera parte titulada *Sentire*, recogería argumentos relacionados con la esfera de la *vita*; una segunda *Esistere* con la esfera de la *esistenza*, siguiendo así una diferenciación fundamental en los itinerarios zibaldonianos– contribuye, prosiguiendo la labor hermenéutica ya iniciada en los años '80 y '90 (Antonio Prete, Elio Gioanola) a matizar y reconsiderar afirmaciones que a veces han dado lugar a cierto reduccionismo en la interpretación. Se supera, por ejemplo, la conocida contraposición entre un Leopardi *impegnato* y uno metafísico: desde el momento en que se comprende que para Leopardi “lo sguardo ‘metafísico’ aveva ai suoi occhi un forte valore di lotta nei confronti di un tempo che considerava superficiale e dedito alle apparenze” (p. 14).

Biancu ha captado perfectamente cuál es la cuestión que constituye un *spartiacque* en la crítica leopardiana. Es la que recoge la polémica Timpanaro-Solmi de los años '60: la adhesión o el rechazo del “paradigma” (así lo llama nuestro autor, inspirado en la concepción kuhniana) de la *svolta* frente a la idea de continuidad en la evolución de la concepción de la naturaleza en Leopardi. El primero, de acuerdo con diversos autores, entre los cuales Biral, Giusso, Calaiacomo, y más recientemente, Ferrucci, Folini, Martinelli, defiende que hay en el itinerario leopardiano una inversión del signo de valor atribuido a la naturaleza a partir de un momento determinado que presupone un salto o una cesura del sistema. Se trata del conocido paso del pesimismo histórico al cósmico, de una naturaleza santa inspirada en Rousseau, a una “natura di voler matrigna”, inspirada en Voltaire. Biancu enumera las objeciones de Solmi: por un lado, el hecho de que Leopardi use el término *natura* con una connotación positiva también en la madurez, siempre que aparece en contraposición a la razón racionalista, es decir, como instancia crítica y utópica; por otro, el hecho de que, aunque la concepción negativa de la naturaleza parece ir poco a poco ganando relevancia, no haya una definitiva desaparición de la positiva, como testimonia entre otros ejemplos, la convivencia de ambas visiones en el *Dialogo di Plotino e Porfirio*. Frente a una lectura en diacronía, empeñada en reconstruir los términos de una crisis que habría hecho a Leopardi retractarse de algunas de sus tesis juveniles, una lectura en sincronía, que, por tanto, admite la coexistencia de los polos opuestos, aun constatando, en la última fase de su pensamiento, una preeminencia del polo

negativo y del origen ontológico del mal con respecto a una solución ética no ya enteramente satisfactoria.

Biancu concluye que las interpretaciones que admiten una *svolta* son, hasta cierto punto inadecuadas y, siguiendo la metáfora kuhniana, cabe preguntarse hasta qué punto el paradigma y las anomalías que quedan fuera de él ayudan a la comprensión. Es importante la observación que hace el autor de que si bien la explicación ética del mal parecía en principio exonerar de toda culpa a la naturaleza, al orden de las cosas, sin embargo, el mal puede ser descubierto por la razón moderna solo gracias a que está previamente ahí; por ello es mejor hablar, afirma Biancu, de una “radicalizzazione di istanze già ben presenti” (p. 160) en el descubrimiento de un mal ontológico y no meramente ético que se da en la madurez del pensamiento leopardiano.

A la formación filosófica del intérprete se deben, no solo el particular enfoque, sino también los logros que este libro puede aportar. Ante todo la capacidad que el autor demuestra de conectar los temas leopardianos con las grandes tradiciones filosóficas del pensamiento occidental: la pregunta por el Ser –la cuestión ontológica fundamental– y el problema del mal están a su modo presentes en su pensamiento, solo que “natura” es el término que “la lingua leopardiana predilige per dire le costituzioni ontologiche ultime dell’esistenza” (p. 126). De hecho, *Della natura degli uomini e delle cose* es el título de una de las “polizzone non richiamate”, hoy compilada en la edición temática del Zibaldone (1997-2001: *Edizione tematica dello Zibaldone di pensieri stabilita sugli indici leopardiani*, a c. di F. Cacciapuoti, pref. di A. Prete, 4 voll., Roma, Donzelli).

No por hacer dialogar a Leopardi con la filosofía contemporánea, en este caso con Heidegger, deja sin embargo el autor de cuidar el problema de las fuentes, que en la última década ha calibrado con mayor atención la crítica, baste pensar en la edición crítica que realizó Tatiana Crivelli (1995) de *Le dissertazioni filosofiche*, donde se da el peso merecido a los manuales jesuíticos de filosofía y ciencia que Leopardi estudió en su infancia y que marcarán sus reflexiones más maduras. Ejemplar en este sentido, el caso del filósofo F. M. Zanotti, contemporáneo a nuestro autor, en cuyas páginas Biancu encuentra el origen inspirador de temáticas que Leopardi profundizará: desde el amor propio en el comentario a la *Ética a Nicómaco*, pasando por la conexión del *perfettissimo filosofo* y el poeta, hasta el “senso dell’animo”. La extensión de la idea de posibilidad en el estudio de la naturaleza del hombre y las cosas, que será trascendental en la concepción ontológica leopardiana, le es sugerida, como el mismo Leopardi indica (*Zib.* 159-160, 8 Luglio 1820), por la obra *Della forza dei corpi che chiamano vivi* (Bologna, 1752); algunos textos de la misma obra inaugurarán la sección de filosofía especulativa de la *Crestomazia della prosa*, aclarando el ideal del *filosofo perfetto*. Tampoco es descuidada la radical presencia de la antigüedad en la obra de Leopardi, en el contacto directo con tradiciones que han configurado el pensamiento moderno. Esencial se demuestra el tratado *Sobre lo sublime* de Pseudo Longino, que le acomuna con las distintas estéticas de lo sublime que proliferarán en el romanticismo, y de donde deriva la idea del poder cognoscitivo y del valor filosófico de la poesía. Pero es en

el tratamiento del *Dialogo di Pietro Gutierrez e Colombo* donde encontramos, a nuestro modo de ver y sentir, las más bellas páginas interpretativas del libro, al hilo de las reflexiones de Blumemberg sobre la imagen del temerario navegar y del naufragio como metáfora de la existencia: “Dunque la navigazione e il naufragio nell’incerto e nell’indicibile come terapia: nella protensione verso il futuro –un futuro non disponibile, di cui non si ha il controllo: un futuro *naufrogante*– l’uomo può ritrovare il senso negato dall’esperienza della contraddizione del desiderio” (pp. 84-85). Según Biancu, en el riesgo más allá de toda certeza está el necesario paso hacia una verdad ontológica y existencialmente significativa.

Quizá la labor más fructífera que ha llevado a cabo el autor consista en el esfuerzo de aclaración terminológica que debe realizar quien se enfrente a una escritura compleja e infinitamente rica, desde el punto de vista semántico, como es la leopardiana. De la tríada *vero-illusione-verità* nos ofrece una aclaración que puede evitar muchos equívocos: *illusione* no se opone a *verità*, sino a la moderna reducción de *vero* a lo verificable, lo cierto. En el caso de *nulla*, Biancu hace una importante distinción, dentro de la obra leopardiana, entre un *nulla assiologico* –referido al desvalor de todas las cosas (la *vanitas* cristiano-moderna)– frente a ese *nulla ontologico* –como espacio de la infinita posibilidad que preexiste a las cosas-. En el caso de “naturaleza” la aclaración terminológica es imposible, como el mismo autor admite siguiendo las conclusiones de Baldacci y Gioanola, entre otros; simplemente se propone “procedere per assaggi” en el apartado, cuyo título alude al libro IV de la *Metafisica*, *Natura si dice in molti modi*. Tal proceder es consecuente con la distinción leopardiana misma entre *termini* (palabras cuyo referente son conceptos exactos), y *parole* (donde las imágenes concomitantes apuntan a un contenido en último término indefinible). “Naturaleza” queda, desde luego, sin definición, pues tras ella no se encierra un concepto sino una idea que en última instancia reúne en sí los contrarios (*complexio oppositorum*), destruyendo el principio de no contradicción que rige la racionalidad desde Aristóteles.

Biancu rechaza la lectura nietzscheana de Emanuele Severino que nos presenta un Leopardi nihilista que pone la ilusión al servicio de una voluntad de potencia contraria a la verdad, y propone, haciendo suyas las conclusiones de Sergio Givone (1995: *Storia del Nulla*, Roma-Bari, Laterza), un Leopardi cuya crítica a la razón moderna es capaz de minar en su raíz las bases de la onto-teología occidental y de la identificación Dios-Necesidad, oponiendo la idea de un Dios-Infinita posibilidad que en último término se identifica con la Nada (nos referimos a las densas e intensas reflexiones del *Zibaldone* del 20-21).

A la cuestión del ser va asociada la del mal, que Leopardi plantea a su manera: “Ma questo ancora come si può comprendere? che il nulla e ciò che non è, sia meglio di qualche cosa?” (*Zib.* 4100, 2 Giugno 1824). Biancu reconstruye los términos de la moderna discusión sobre el mal, tras la cual no se oculta otra cosa que el pesimismo antiguo de la sabiduría de Sileno (es mejor no haber nacido y una vez nacido morir cuanto antes): se trata de la cuestión del cálculo imposible de los bienes y males en la vida, que se relaciona, a su vez, con el importante tema del suicidio. La polémica, que

inaugura Bayle, con quien polemiza Leibniz, será más tarde desarrollada por Rousseau y Voltaire, quienes darán voz, como es sabido, respectivamente al optimismo y al pesimismo. La conocida afirmación de que este es el mejor de los mundos posibles, sintetizada en la fórmula estereotipada “todo es bien”, atribuida a Leibniz, es el adversario ideal de ese pensamiento del *Zibaldone*, tan comentado, que afirma que “tutto è male” (*Zib.* 4174). En desacuerdo con Bartolo Martinelli, quien últimamente ha analizado meticulosamente este controvertido pasaje en su libro *Leopardi tra Leibniz e Locke. Alla ricerca di un orientamento e di un fondamento* (2003: Roma, Carocci), Biancu afirma que en Leopardi no hay una elección de ninguna de estas alternativas, sino que este, en coherencia con sus conclusiones de carácter ontológico, admite que la existencia es malvada, pero que el mal no coincide con el ser, ya que el ser es mucho más amplio que la mera existencia; esta última respecto al ser solo es un *neo*, una irregularidad, una imperfección insignificante. La categoría ontológica de la posibilidad, de la potencia que preexiste a las cosas, hace que la alternativa pesimista sea tan inadecuada como la optimista.

En sus conclusiones, Biancu trata de reconstruir un cuadro, partiendo de la fragmentaria escritura leopardiana, que describa el resultado de su investigación ontológica sobre la naturaleza de las cosas y en torno al problema del mal. Puede resumirse tal concepción en la neta distinción de dos órdenes de existencia: el plano de las cosas, donde rige la necesidad, esencialmente sometido al principio de individuación, en el que los seres sensibles, como partes de un todo, son necesariamente criaturas *souffrantes*; y el ámbito de las *cose che non son cose*, ámbito de la no-existencia, del *nulla*, de todo lo que queda fuera de la mirada de la *ratio* moderna que reduce la verdad a lo objetivable y sometible a cálculo. Ámbito de lo meramente pensable y, sin embargo, no reducible a simple no-ser. A esta segunda dimensión pertenece la mirada de la poesía y su capacidad metafórica y alusiva, que da espacio a lo que la modernidad ha amputado metódicamente, que abre una dimensión, por tanto, constitutiva de la realidad. Constitutiva por dos razones que Biancu expone. Por un lado una exigencia lógica: si el ser se redujese a una existencia puramente mala (y la existencia es ontológicamente mala y sufriente) el mal sería inconcebible, pues no habría nada a partir de lo cual juzgarlo como mal. Si el mal fuese lo mismo que el ser ya no sería mal. La otra razón que el autor esgrime y que considera de orden ético-sublime, es la constitutiva necesidad del ser humano, de la vida como sentimiento ontológico de la existencia, de encontrar, en la tensión “límite-más allá”, una mirada, un tú, un rostro para la naturaleza.

La filosofía no da una respuesta acerca de esa infinita posibilidad que en último término es la nada y que Leopardi pronto deja de llamar Dios para aplicarle el nombre de naturaleza; el espectáculo maravilloso de la existencia universal quedará siempre como un *arcano*, como un misterio indescifrable. Pero una verdadera y perfecta sabiduría, una ultrafilosofía que amplíe la razón y nos lleve a no excluir absolutamente lo que es simplemente no necesario, abriéndonos al ámbito de lo poético, puede devolverle al hombre, en la dimensión ética y estética de lo sublime, en la tensión entre lo finito y lo infinito, su nobleza y su dignidad. Una hipótesis esta, la del

valor ontológico de las *cose che non son cose* (fórmula usada por Galimberti, uno de los críticos que han sugerido esta línea interpretativa) que no deja de emerger de los textos, aunque como Biancu observa, con la prudencia de quien siempre hizo profesión de empirista.

Este libro, manteniendo un positivo equilibrio entre el estudio de los textos y fuentes leopardianas y su diálogo con la filosofía contemporánea, así como con las más innovadoras aportaciones críticas de los últimos años, alcanza plenamente su objetivo, el de llevar a cabo una reconstrucción del pensamiento leopardiano, posicionándose con respecto a las cuestiones más controvertidas en un esfuerzo notable por aclarar los usos terminológicos, rechazando así el reduccionismo moderno que identifica *vero* y *certo*, reduccionismo al que a veces también ha sucumbido una cierta parte de la crítica.

Cristina CORIASSO MARTÍN-POSADILLO